



EL PRESO Y
EL QUE ESTÁ MUERTO...
Y OTROS RELATOS

Álvaro Ordóñez Iragorri

EL PRESO Y
EL QUE ESTÁ MUERTO...
Y OTROS RELATOS



Primera edición: septiembre de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Álvaro Ordóñez Irigorri

© Ilustración de portada: Nerea Muro y Helena Muro

ISBN: 978-84-19439-62-8

ISBN digital: 978-84-19439-63-5

Depósito legal: M-23867-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis sobrinos, por orden de aparición:
Javier, Josu, Nerea, Helena.*

*Y a mis amigos los hermanos Ibarretxe,
por orden de desaparición:
Javier, Josemi y Esteban.*

ÍNDICE

EL PRESO Y EL QUE ESTÁ MUERTO	11
EL SELLO DE GILBERT ROLAND.....	53
CHIQUITINA	83
MADERA DE GUINEA	99
LA PACIENCIA DEL ASESINO	137
EL MAGRITTE DE MANOLO	143

EL PRESO Y EL QUE ESTÁ MUERTO

Rodolfo siempre había despreciado los pueblos de verano. Si eran costeros más, y todavía más en invierno, cuando las urbanizaciones estaban desiertas. Por lo general los apartamentos que componían esas urbanizaciones no disponían de calefacción y él era muy friolero. Además, los comercios que podían dar un poco de vida en verano, una vez pasado septiembre cerraban a cal y canto luciendo, ya entrado el invierno, los descoloridos carteles anunciando las últimas ofertas de una temporada que ya hacía unos meses que había finalizado.

Así que, si le hubiese quedado algún amigo en la vida, algún familiar, no sé... ¡alguien!, sin duda se hubiera asombrado de la decisión que había tomado Rodolfo: coger los cuatro trastos que le quedaban y trasladarse precisamente a muchos kilómetros del lugar en donde habitualmente residía. A una de esas urbanizaciones que detestaba, no muy lejana de un pueblo veraniego.

A pesar de haber trabajado casi desde niño en una empresa en la que se relacionaba con mucha gente, a raíz de la enfermedad y posterior fallecimiento de su mujer a la que conoció precisamente trabajando, tuvo que dejarlo todo para cuidar en exclusiva de ella. No tenían hijos y sus compañeros siguieron con sus vidas deseándoles lo mejor y que ya les visitarían. Cáncer de pulmón. Ella no había fumado en su vida, él como un carretero y eso le hizo desarrollar un sentimiento que logró dos cosas. La primera de ellas, dejar de fumar radicalmente y la segunda un afán súbito por romper con su pasado, ¡por huir! Casi cuarenta años de compartir todo con ella ¡incluso el trabajo!, pesaban mucho. Él sabía que estaba en ese momento en la vida de una persona en el que, si uno cae, no se vuelve a levantar.

De manera que vendió casi todo lo que tenía, que no era mucho, aunque sí algunos objetos curiosos que habían comprado en los viajes que hicieron juntos, reunió algo de dinero con ello, porque ahora con Internet pudo ponerse en contacto con tipos raros que sabían valorar ese tipo de cosas. Por las características especiales de su trabajo, había cotizado poco a la Seguridad Social y le quedaba una raquítica pensión. Si a eso le añadimos que, debido a la enfermedad de su mujer, que había durado tres años, sus ahorros volaron entre tratamientos, viajes a clínicas especializadas, etcétera, se pueden imaginar ustedes que en esos momentos se encontraba sin blanca. Nunca se quejó, la vida era así, se apañaba con poco. O, mejor dicho, con muy poco. Cogió sus bártulos, cerró

la puerta de su casa, que nunca fue suya porque vivía de alquiler, le entregó las llaves a su casero, volvió a hacer caso omiso a la recomendación de este para que diese media vuelta y habitase de nuevo esa casa en la que había pasado tantos años felices, cogió el primer autobús con destino a la costa que eligió y allí se plantó unas horas después.

En un bar del pueblo, como a dos kilómetros de la urbanización en la que había alquilado el apartamento, le esperaban las llaves en poder del dueño de la droguería y del piso. Firmó los documentos habituales, pagó un año por adelantado y montó en el coche que el casero tuvo el detalle de dejarle junto al portal dejando atrás una cabina en la que en los meses de verano montaba guardia el encargado de mantenimiento de la urbanización y que ahora estaba tan vacía como un autobús fuera de servicio.

Era ya noche cerrada y con las maletas en la mano ante la cancela de su bloque, frente a la puerta del portal e iluminado por una solitaria farola, cualquiera diría que se encontraba ante el cartel anunciador de la película *El exorcista*.

La primera noche, sencillamente, no pudo dormir. En su equipaje no llevaba sábanas, naturalmente. Ni mantas. Rebuscó en los altillos de los armarios empotrados y encontró una que lo único que hizo fue acentuar la sensación de humedad, frío y soledad que sentía. A pesar de ser muy hábil en otros campos, no era lo que se dice un «manitas», de manera que no pudo dar con la clave para poner en funcionamiento el sistema eléctrico de la casa.

Al no haber ningún vecino en toda la urbanización no pudo preguntar cuál era el intríngulis, así que se acostó en la única habitación de la casa encima del somier, tapado con la dichosa manta e iluminado por la luz de la farola que se filtraba a través de las lamas de la persiana que no cerraba del todo. Finalmente, logró dormirse.

Se despertó temprano. Dio con la llave del agua y se lavó como los gatos. El agua estaba helada. Tenía muchas cosas que hacer: comprar sábanas y mantas, intendencia general para el hogar y sobre todo encontrar a alguien, el típico «factótum» habitual en los pueblos de veraneo que lo mismo te arregla un grifo que pone en marcha una caldera diésel.

No tardó en encontrarlo. Dando un paseo llegó al pueblo, hacía un día frío y húmedo típico de la región y tras haberse echado al colete un café con leche preguntó al tabernero si conocía a alguien que le pudiese ayudar.

—Por supuesto, la persona que usted necesita se llama Senador y soy yo mismo.

—Perdone, ¿ha dicho usted que se llama Senador? ¿Es un apodo?

—¡Qué val!, —rechazó el tabernero—, me llamo así. Senador García para servirle. Aquí todos me conocen como Sena. Además de llevar este garito vigilo un poco la urbanización en la que usted ha alquilado un apartamento y los fines de semana llevo el bar-disco que habrá visto a medio camino entre la urbanización y el pueblo.

—Perdone, pero... ¿cómo sabe usted que he alquilado un apartamento?

—Se sorprendería usted de las cosas que sabemos en este pueblo antes incluso de que la gente venga a instalarse a él.

Rodolfo dejó correr el comentario, pero no pudo evitar hacer otro:

—¿Y cómo se llama la discoteca, El Senado?

—No, se llama Los Leones —y en ese momento clavó su mirada, de un azul intenso en los ojos de Rodolfo. La mirada de Senador podría hacer que se congelase el infierno.

—¡Joder!

Senador tendría unos sesenta años, alto, fornido y fibroso. En muy buena forma física. Pelo rapado y entrecano, cejas pobladas, ojos azul eléctrico, piel blanca que con el rasurado se había tornado rojiza, labios rectos con un ligero rictus de desprecio o de asco y bajo esos labios una mandíbula cuadrada que desafiaba a quien la mirase a darle un puñetazo, a ver si alguien tenía narices.

—Bueno... ¡sí!, es que no me funciona nada en la casa... estoy buscando a alguien que entienda un poco de todo...

Una gran sonrisa apareció de pronto en el rostro ceñudo de Senador y a Rodolfo le dio la sensación de que el sol brillaba con más fuerza.

—Está usted ante su hombre. Yo sé hacer de todo. A ver... ¿qué es lo que no funciona?

—Pues... ¡nada!

—No se preocupe, luego me paso por su casa.

—¿Sabe dónde es?

—Claro, a estas alturas lo sabe todo el pueblo.

Volvió a subir al apartamento sobre la una y media de la tarde, se hizo un bocadillo de chorizo de Pamplona, ¿cuánto tiempo hacía que no se metía entre pecho y espalda un bocadillo de chorizo de Pamplona?, lo acompañó con una Coca Cola light, que le gustaba más que la Zero y cuando se levantó para echar la lata vacía a la basura llamaron con vehemencia a la puerta. Llamaron con los nudillos, como llama siempre la policía. Rodolfo abrió, no era la policía. Era Senador.

—Bueno, he dejado a mi hermana a cargo del bar, —dijo adentrándose en el apartamento y andando por él como Pedro por su casa—. ¡Manos a la obra! Empezaremos por el sistema eléctrico, así por lo menos esta noche cenará algo calentito y con la calefacción puesta.

—Oiga, Senador, me estaba preguntando cómo hace usted los fines de semana para mantener abierto el bar del pueblo mientras atiende la discoteca.

—Muy sencillo, cierro el bar del pueblo. Intenté mantener los dos abiertos dejando de encargada a mi hermana, pero ¡qué va!, ella no es capaz. Para un rato, como ahora sí, pero nada más.

En cuanto terminó de hablar, buscó el calefactor, se quitó el jersey jaspeado que llevaba y se quedó en camiseta. Tenía unos bíceps fabulosos incrustados en unos brazos como troncos de árbol. Cuerpo de boxeador del semipesado. Ni una gota de grasa. Uno ochenta, setenta kilos. Nuestro hombre no quería ni pensar en lo que aquella máquina de picar podría llegar a hacer estando

cabreada. Prefirió desprecintar las sábanas que acababa de comprar y ponerse a hacer la cama.

Cerca de una hora más tarde, una vez arreglados los pequeños desaguisados domésticos, Rodolfo invitó a tomar un café a Sena. Era lo mínimo, ya que este no quiso cobrar un céntimo por la chapuza. Hablaron más bien de cosas banales, tanto el uno como el otro eran reacios a hablar de sus vidas.

Se cayeron bien y decidieron volver a verse, pero esta vez en el bar-discoteca del lugareño. Eso sí, tendría que ser el viernes, porque los sábados se convertía en discoteca a base de quitar billar y futbolines y poner en marcha luces de colores y una bola con espejitos, y los domingos, por arte de birlibirloque, en merendero.

Así, quedaron emplazados para el viernes. Quedaban tres días, arreglaría el apartamento y desharía las maletas.

Debido a su antiguo trabajo viajó mucho por todo el mundo, pero sobre todo por América, tanto del Norte como del Sur, incluido Puerto Rico donde una noche en un cabaret, un compadre, le inculó el veneno de la plena, la bomba y la salsa. Contra eso no existe antídoto como es bien sabido. Unas semanas más tarde, en un bohío, escuchó improvisar al gran repentizador jíbaro Ramito el de la Altura con el que conversó un par de rones y cruzaron un par de confianzas. Hubo un tema que le impresionó, se titulaba *El preso y el que está muerto*. Ramito le pidió su dirección y le aseguró que le haría llegar la grabación.

No pudo, una tarde Ramito le pidió a su mujer que fuera a hacer café a la cocina, se tumbó en la hamaca del

porche y se voló los sesos. No quiso luchar contra un cáncer de estómago. Él tenía setenta, ella veinte.

Pues mira por dónde, la magia de Internet quiso que por fin la grabación estuviese al alcance de la mano de nuestro hombre. La localizó y la pidió. Eso fue unos días antes de marcharse de casa rumbo a su nuevo hogar, así que las señas que figuraban en el pedido eran las nuevas. Nunca se sabe lo que tardan estas cosas en llegar porque el disco venía de Connecticut, pero al menos tenía una ilusión en la vida.

El viernes amaneció soleado, pero a lo largo de la tarde se estropeó, refrescó y comenzó a llover suave pero pertinazmente. A él le daba igual, es más, con un poco de suerte los jóvenes de la zona tal vez sintiesen pereza para ir a la capital, lo que haría que el garito de Senador estuviese más animado. Salió del portal, se subió la capucha del plumífero y con paso decidido se encaminó hacia el bar, media hora después empujó la puerta de cristal esmerilado y penetró en el reino de Senador García.

Era como entrar en un homenaje a los años ochenta, concretamente a sus albores. Ciento cincuenta metros de suelo de terrazo, una inmensa barra de aluminio, gres y madera. Vacía prácticamente en su totalidad salvo en la parte que daba a la cocina donde, tras un cochambroso expositor se aburrían dos grandes latas de banderillas toreras: unas picantes y otras dulces, unos diminutos bocadillos de chorizo, otros de jamón serrano, algunos sándwiches vegetales más duros que la pata de un santo y con los vértices doblados hacia arriba y algunas bolsas de patatas fritas.

Un par de cuadrillas jugaban al fútbolín, nadie al billar, probablemente porque el tapete tenía una enorme mancha reseca en el centro y además a simple vista podía uno darse cuenta de que estaba totalmente desnivelado, seguramente debido a la cantidad de veces que lo habían cambiado de sitio para dejar espacio a la pista de baile sabatina.

Al fondo y contra un ventanal estaba una zona de lo que ahora llaman *chill-out*, pero que no era otra cosa que una salita de estar pasada de moda con un tresillo de escay, unos cojines estampados en diversos grados de mal gusto y una mesita de café con su tapetito y todo. Remataba el conjunto una lámpara de pie color oro viejo coronada por una tulipa de tela de imitación a pergamino que había visto hacía muchos años en algunos mesones de Castilla ubicados en pueblos ignotos.

Pero dentro de aquella barahúnda de despropósitos decorativos habitaba alguien que hacía que todo quedara eclipsado, que pareciera que esos astrosos elementos encajaran en el espacio con la precisión de un reloj suizo. Alguien que, si un día anduviese, pongamos por caso, por las cercanías de una catedral, conseguiría que las campanas se pusiesen a repicar solitas al advertir su presencia.

La mujer, porque naturalmente se trataba de una mujer, estaba sentada en una butaca de la salita *chill-out* leyendo indolentemente una revista vieja mientras más indolentemente aún fumaba un cigarrillo y echaba las volutas de humo a un techo amarillento y lleno de ronchas de humedad sobre el que, de vez en cuando, paseaba sus ojos gatunos.

Rodolfo, a pesar de ser un hombre de mundo que no se dejaba amilanar por los gatos, se quedó hipnotizado.

Solo salió del trance cuando sintió que aquellos ojos se clavaron en él, e inmediatamente, su propietaria exhibió una sonrisa felina. Como la del Gato de Cheshire.

—¡Hola!, —dijo la propietaria de los ojos y la sonrisa, tú debes de ser el tío ese tan raro que ha decidido instalarse entre nosotros nada menos que en invierno. Pareces normal. Te creía un extravagante.

Nuestro hombre no se podía creer que esa belleza se estuviera dirigiendo a él como si tal cosa.

—Siéntate, —casi ordenó empujando con el pie una ridícula butaquita del *chill-out* pueblerino.

Obedeció Rodolfo con cierto embarazo, y tímidamente tomó asiento frente a la mujer que había apagado su cigarrillo en un descolorido cenicero de Cinzano y le observaba entre curiosa y divertida.

—Pues sí que corren las noticias por aquí.

—Una de las primeras personas a las que conociste es mi hermano, así que ya me contarás. Mi hermano es Senador.

—¡No me digas! ¡Qué casualidad!

—De casualidad nada. Es mi hermano. Tú has venido a su bar. Yo estoy en él. Lo encuentro de lo más natural, —dijo el Gato de Cheshire sorbiendo los restos de un té helado que bebía con una pajita y haciendo ese sonido característico del que todos nos avergonzamos cuando lo emitimos...pero no ella.

—Es que... no te pareces en nada a él. Para empezar, él es mucho mayor que tú.

—Engaño mucho, pero gracias por el piropo. Sí, es bastante más mayor, cosas que pasan en las familias.

—Ya, me imagino, —dijo nuestro hombre sin imaginarse nada.

Rodolfo la miraba embobado. Era el tipo de mujer que le gustaba a él. Estilo intelectual francesa de los años cincuenta. Pelo negro (teñido) a lo Cleopatra, ojos avellanados y verdes, de los que cuando miran a un hombre, aun al más templado, consiguen que inmediatamente aparezcan canas en sus sienes. Boca algo larga con un rictus de medido desprecio. Jersey de cuello vuelto, que al igual que la falda, las medias y las botas era de color negro. Rodolfo se preguntaba de qué color sería la ropa interior, pero creía saberlo: blanco inmaculado. Casi idéntica a Juliette Gréco cuando fue novia de Miles Davis.

—Bueno... —dijo Rodolfo por decir algo—, pues si tu hermano se llama Senador... tú te llamarás Patricia..., inmediatamente se dio cuenta de que el chiste no era gracioso.

Ella le lanzó una mirada que haría tiritar de frío a un bongosero cubano.

—No, respondió si mover un músculo de la cara. Me llamo Emma.

—Como la Bovary.

—¿Cómo quién?

—No, como...

En ese momento llegó Senador.

—Vaya, veo que habéis hecho buenas migas.

—No te creas —cortó ella, más que migas son migajas.

Dicho lo cual se levantó de un salto y con un adiós se despidió.

—Siempre ha sido así, —se disculpó Senador—, no se lo tengas en cuenta. Es buena chica, pero va a su aire ¡Te invito a un trago!, ¿qué quieres?

—¡Joder!, hace tanto tiempo que no me embaulé nada que ya ni me acuerdo! Tráeme un whisky. Perdón, ya voy yo a la barra.

—De eso nada, faltaba más. Ahí tienes unas revistas para entretenerte. A falta de Emma...

Volvió poco después con la bebida y una notita.

—Toma. Me lo ha dado Emma para ti. Dice que tenía prisa. Había quedado con unas amigas.

Era su número de teléfono. «Lámame», rezaba debajo del número.

Una vez en casa analizó la situación. La chica era guapa, era interesante, era misteriosa. Le gustaba, pero se acordaba de su mujer, y además temía hacer el ridículo. No soportaba pensar que pudiera reírse de él. Ese día era viernes. Dejó pasar el sábado. El domingo decidió llamarla. Contestó al tercer timbrado y aunque al principio se mostró fría, con el discurrir de la conversación la cosa se fue templando. Él intentó quedar para el siguiente viernes en el bar de su hermano, pero ella insistió en que fuese en la casa de nuestro hombre, esa salida le dejó descolocado, pero naturalmente aceptó la propuesta. ¡Lo

que es la vida! Él, que había ido a ese pueblo como quien dice a morir, ahora tenía más ganas de vivir que nunca.

La semana fue transcurriendo lentamente. El jueves hizo las compras necesarias para cocinar su plato favorito, que, además, le salía de rechupete, goulash a la húngara, una receta que transmitió a su mujer una compañera de trabajo. No pudo encontrar chucrut ni Riesling, se arreglaría con un buen puré de patatas, sin embargo, en un pueblo algo más grande unos kilómetros al sur, dio con un verdejo regular. Pensó en comprar unas velas, pero desechó la idea por anticuada. No perdonó las flores. Durante todo el camino de vuelta en el autobús intentó hacer oídos sordos a los cuchicheos acerca de la pinta que tenía con su ramo de rosas y la botellita.

El viernes a media mañana salió a hacer las compras de última hora: agua mineral, patatas fritas, que siempre son muy socorridas, cervezas y una tarta helada al whisky. Cuando volvió se encontró una nota pegada en la puerta: «Ausente a la entrega de su pedido. Preguntar en el bar». Consultó su reloj y estimó que lo importante era dejar las cosas bien preparadas. Luego bajaría al bar. Seguramente sería el famoso disco de Ramito y Senador lo tendría a buen recaudo. Hasta en eso estaba saliendo todo a pedir de boca, el goulash lo había preparado el día anterior y estaba como nunca, y el disco había llegado en el momento justo para poder escucharlo juntos lo que daría pie a contar la historia de Ramito en Puerto Rico, algo que le daría una pátina de hombre de mundo.

Caía la tarde y precisamente estaba descorchando la botella de vino recién sacado de la nevera para dejarlo respirar cuando sonó el timbre de la puerta. Supuso que era Senador con el disquito, pero no. Era Emma.

A pesar de que era la misma Juliette Gréco de una semana atrás, esta vez ya no iba vestida como la musa existencialista de Sartre. Ahora se interpretaba como una Sandie Shaw pasada por el túnel del tiempo. Era una explosión pop. A pesar de que aún hacía frío en la calle, llevaba un vestido minifalda a listas amarillas y verdes, sandalias plateadas con una esclava en el tobillo izquierdo y un par de anillos de fantasía en cada mano, lo que hacía de ella una llamada al Berkeley de los años sesenta y, ya de paso, al amor libre. La visión le habría quitado el hipo de haberlo tenido, pero no lo tenía.

—¿No me invitas a pasar? —preguntó, apartándose el pelo de la cara el trasunto de la Gréco convertida en el trasunto de la Shaw.

—Sí, sí...¡claro!, perdona, pero es que casi no te reconozco.

Atravesó el umbral e hizo una inspección somera del apartamento. Un pequeño vestíbulo daba directamente a un minúsculo saloncito del que irradiaban los demás huecos de la casa: cocina a la derecha, la habitación al frente y un cuarto de baño con ducha. Eso era todo.

—Ya ves que el chamizo se recorre en un santiamén, incluso sin haberse movido uno del vestíbulo.

—Es muy mono... aunque un poco impersonal. ¡Necesita una mano femenina!

—Eso está claro... no sé... si seguimos siendo amigos, tal vez tú...

—¡Pero lo de las rosas es un detalle! ¿Las renuevas todos los días? —dijo con malicia Emma y el Gato de Cheshire volvió a aparecer.

—Las he comprado para ti, cuando terminemos de cenar las puedes sacar del jarrón y llevártelas puestas.

—Creí que eran parte del menú.

—Quizá con un aliño suave... no sé...vinagre de Módena. Ahora le echan vinagre de Módena a todo...

No terminó de hablar. El Gato, con la sonrisa más grande que pudo poner se le echó encima y le dio un beso que pondría los pezones de punta al David de Miguel Ángel.

Naturalmente, nuestro hombre se quedó de una pieza. Hacía tanto tiempo que no tenía una sensación de ese calibre que no atinaba a articular palabra.

—Huele muy bien —dijo ella intentando desorientar a nuestro hombre, cosa que consiguió sobradamente—. ¿Qué has preparado?, todos los tíos tenéis una especialidad en la cocina de la que alardeáis cuando estáis con los amigos jugando al mus.

—No sé jugar a las cartas. Pero sí, goulash a la húngara.

—Joder, ¡qué fino! No lo he comido nunca, en mi barrio no se estilaba, ¿te lo enseñó tu mamá?

—¡Qué va!, Me lo enseñó un compañero de trabajo —mintió.

—¿Era húngaro?

—Pues no, era francés.

Dicho lo cual, entró en la cocina para aparecer instantes después con un par de vasos y la botella de verdejo a medio abrir.

Descorchó la botella con estilo, sirvió un poco a Emma y estaba a punto de hacer lo mismo en su vaso cuando llamaron a la puerta con los nudillos. Los dos se miraron extrañados.

—¡Ah, claro, el disco! —dijo nuestro hombre y fue a abrir.

Era Senador. Por supuesto traía con él un paquetito de una conocida empresa de mensajería.

—Joder, ¡qué bien huele! —exclamó Senador, haciendo ese gesto inconfundible de los que se deleitan con el olor de la comida.

—Pasa —invitó Rodolfo.

A Emma la visita le hizo poca gracia, porque fulminó a su hermano con una de sus miradas de triple filo.

—Toma algo, te lo has ganado. Llevaba años persiguiendo este disco por medio mundo.

—Ni hablar, me voy ahora mismo. Venía a entregarte el paquetito y de paso a hacer uso de tu cuarto de baño. He estado tan ocupado ultimando las cosas del bar para el fin de semana que no he tenido tiempo ni de mear.

Camino del baño pasó por delante de su hermana a la que apretó un brazo en un gesto cariñoso, cogió algunas patatas fritas de un bol, recorrió los escasos dos metros que distaban hasta el baño, se metió en él y cerró la puerta.

—Le tengo calado —dijo Emma. En cuanto tengo una cita aparece él. Y menos mal que tú le caes bien. Si llega a ser otro, seguro que ya habría montado un numerito.

—No seas malpensada, mujer. Era solo para traer el paquete. Me ha hecho un favor.

Rodolfo recorrió la corta distancia que había entre el sillón en donde se había sentado y la mesa del comedor donde Senador había dejado el paquete y lo sopesó entre sus manos.

—Por fin —exclamó con emoción—. La noche empieza que ni pintada.

Abrió el paquetito y extrajo de él, envuelto profusamente en ese plástico con burbujitas el disco de Ramito. Naturalmente era un CD. La carátula era una vieja foto en blanco y negro virado a lila.

—Anda, date el gusto, explota alguna de las burbujitas.

Ella no le contestó, de eso estaba seguro. De lo que no lo estaba era de lo que sucedió inmediatamente después. Escuchó claramente el sonido como de la bota de un futbolista al golpear un balón cuando saca un penalti. Después la oscuridad.

No sabría decir cuánto tiempo había pasado, pero si el penalti se había sacado, la pelota era su cabeza.

Le habría gustado gritar, es más, de hecho, lo hizo, y con toda la fuerza de sus pulmones, además, pero, o bien se había quedado sordo como una tapia, o bien el grito no pasaba de su boca porque una bola, más tarde supo

que era uno de sus propios calcetines, le llenaba toda la cavidad bucal.

Vale, no podía gritar para pedir ayuda. Lo mejor era que se pusiese en pie enseguida. La cabeza le iba a estallar de un momento a otro, seguro que tenía un buen chichón. Lo intentó, intentó ponerse de pie con todas sus fuerzas... pero no pudo. Como Gregorio Samsa en la inmortal obra de Kafka, verificó que se había metamorfoseado en algo. Alzó como pudo la cabeza, aguantando a duras penas el dolor y miró su cuerpo convertido en un salchichón. Alguien le había amarrado de pies a cabeza con cinta americana. ¿Dónde estaban Emma y Senador?

Recorrió la estancia con la mirada. Nadie, pero claro, desde su punto de vista, no divisaba nada más que lo que tenía al frente, que eran el pequeño vestíbulo y la puerta de entrada. Faltaba lo que tenía detrás, que era la mayor parte del apartamento.

Desde la cocina llegaba hasta sus oídos una conversación que no podía descifrar. Eran susurros entrecortados, sin duda las voces de Emma y de Senador. Discutían vehementemente, pero sin levantar la voz.

—Pues vamos a salir de dudas ahora mismo —gritó Senador dando un fuerte puñetazo en la mesa de la cocina. ¡Ya me tenéis hasta los cojones los dos! ¡Él y tú!

Inmediatamente escuchó desplazarse las sillas, la puerta de la cocina abrirse de par en par y unos pasos apresurados llegar hasta situarse a la altura de su cabeza, sobrepasarla y por fin los dueños de aquellos pasos situarse frente a él.

—Bueno, majete... ahora nos vas a contar toda la verdad —dijo Emma, y el Gato de Cheshire volvió a aparecer. Dicho lo cual le extrajo sin ningún miramiento los calcetines, ¡sí los dos!, de la boca lo que provocó en Rodolfo grandes arcadas.

—¿La verdad sobre qué? —quiso saber el salchichón con aterrada curiosidad.

No le dio tiempo a terminar la frase cuando sintió en el mismo lugar del cráneo donde había sido golpeado un nuevo golpe que le hizo ver las pocas estrellas que le habían faltado de columbrar hacía un rato.

—¡Error! —dijo la voz de Senador al que no veía dada su posición, pero sí contemplaba la expresión en rostro de Emma. Era exactamente igual a la de una niña que se ríe de un chiste que le hace mucha gracia a pesar de haberlo escuchado un montón de veces.

Senador a sus espaldas volvió a hablar.

—Te aseguro que de esta no vas a salir, quiero que te quede bien claro. El grado de sufrimiento que vas a padecer antes de abandonar este perro mundo depende de ti. A Emma le volvió a hacer gracia un chiste viejo.

Naturalmente nuestro hombre no salía de su asombro y en cuanto pudo ordenar un poco sus ideas, expresó su estupor por lo ocurrido y su total convicción de que debía de tratarse de un error.

—Bueno, chicos —dijo—. Ya veo que no os andáis con chiquitas, mirad... no sé de qué va esto, pero os puedo asegurar que vaya de lo que vaya, os habéis equivocado, yo no soy vuestro hombre...

Inmediatamente algo descargó en su cara. Algo de una potencia descomunal. No se había dado cuenta, por supuesto, porque no lo tenía al alcance de la vista, de que nada más comenzar con su perorata salvífica, Senador se había calzado un puño americano en su mano diestra y había empleado toda su fuerza, que era mucha, en descargarlo en el pómulo derecho desde detrás de donde se encontraba tumbado y embutido nuestro hombre. El dolor hizo que una corriente eléctrica recorriera de norte a sur toda su maltrecha geografía. Incomprensiblemente no se desmayó. Y más le hubiera valido, aunque aquellos dos tenían recursos como para despertar a Ramsés II. Senador rodeó a Rodolfo. Como una flecha echó una rodilla en tierra y levantó el puño por encima de su cabeza. Su expresión y actitud no podían ser más amenazadoras. La expresión de su hermana, sin embargo, no podía ser más divertida, parecía estar viendo una película de El Gordo y el Flaco.

El puño que estaba a punto de aterrizar de nuevo sobre la cara de nuestro hombre se detuvo de pronto a mitad del camino.

—¿Y tú de qué te descojonas, payasa? —espetó Senador a su hermana.

—De nada, hombre, de nada... sigue, que lo estabas haciendo muy bien.

—No sé si darte la hostia que le iba a arrear a él, me tienes hasta los cojones. ¡Tú y tus corazonadas! Este es un mierda que no tiene ni puta idea de lo nuestro. ¡Si no hay más que echarle la vista encima para darse cuenta de que es un puto pringao!